

El Cardenal Monescillo y Cervantes

*Una oración fúnebre en honor del Príncipe
de los ingenios.*

*A Don Francisco Pérez Fernández, maestro
en la Historia y en el Periodismo, con la admiración
del que sigue sus pasos en su caminar y
deseo por que la Mancha suba...*

MULTA vidi errando et plurimas verborum
consuetudinem.»

En el recinto sagrado suena una voz suave, pastosa, entonada con unción evangélica. Sobre los circunstantes, presididos por la Real Academia Española, corre un vaho de curiosidad creciente.

La voz sigue diciendo:

«Vi muchas cosas cuando peregrinaba y observé gran diferencia de idiomas.» Palabras que se leen en el libro del Eclesiástico, capítulo treinta y cuatro, versículo doce.

«Señores: A todos nos preocupa hoy un mismo pensamiento, se ve embargada la imaginación de todos nosotros al recuerdo de las mil nobles fi-

guras que parece levantar vivas, del silencio de los sepulcros, el aparato fúnebre que nos rodea.»

El que habla llama la atención porque viste hábitos episcopales. Es de noble porte, prócer estatura, ademanes elegantes, continente grave, lleno de apostura y dignidad. Viene precedido de gran fama, no sólo de acreditado y meritísimo predicador, sino de ser doctísimo maestro en la lengua castellana, experto buceador en la indole de nuestra literatura, conocedor en extensión y profundidad de nuestros clásicos, escritor de estilo pulido y brillante, como lo demuestran sus pastorales y sus artículos en la prensa, y, en suma, el más indicado para predicar en las honras fúnebres en sufragio de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles.

El rostro malicioso de Bretón de los Herreros, a la sazón secretario perpetuo de la Corporación, que preside el acto, puede sonreír. Su obispo, el de Calahorra-La Calzada, doctor Monescillo y Viso, es el que ocupa la sagrada cátedra de la iglesia

El Cardenal don Antolín Monescillo. (Reproducción del dibujo, al natural, publicado en la «Crónica General de España» de Horta. Año 1865)

